

Demetrio Boersner

Acontecimiento trascendental

El acuerdo palestino-israelí

La última década del Segundo Milenio está aportando sorpresas que dejan atónitos a los presuntos entendidos.

El derrumbe rápido, completo y pacífico del imperio soviético y del sistema leninista-stalinista fue el primero de esos acontecimientos realmente increíbles. El segundo, es el acuerdo de paz que acaban de suscribir los dos enemigos mortales cuya reconciliación a breve plazo nadie podía imaginar: Israel y la Organización para la Liberación de Palestina.

HONDAS RAICES HISTORICAS

El pueblo palestino es el producto histórico de una milenaria mezcla de etnias y culturas: cananeos, agricultores y comerciantes, adoradores de la diosa de la fertilidad; filisteos inmigrados desde las islas del Egeo, y semitas pastores y nómadas llegados de Mesopotamia bajo la dirección del inspirado jeque Abraham. Algunos de dichos pastores semitas, emigrados a Egipto en época de hambruna, posteriormente volvieron a Palestina como pueblo aguerrido y unido en torno a una poderosa fe religiosa, en un Dios distinto de todos los imaginados hasta entonces: único, totalizador, identificado con el Ser en sí («Yo soy el que Soy»), y que exigía a su pueblo: justicia, compasión, y lucha mesiánica por un futuro reino de paz. Por ello, desde el año 1000 antes de Cristo, en Palestina existió la distinción entre los habitantes que se identificaban con israelitas o judíos, y aquellos que no formaban parte de esa comunidad.

Los palestinos no pertenecientes a la comunidad israelita o judía permanecieron ininterrumpidamente en su tierra, a lo largo de los siglos y milenios, compartieron las grandes evoluciones de la historia y la cultura del Medio Oriente: dominación e influencia sucesiva de sirios, asirios, babilonios, persas, griegos, romanos, bizantinos, y finalmente árabes y turcos musulmanes.

En cambio los habitantes judíos, por la tenaz resistencia que oponían a todo intento de inculturación foránea, «gentil» o

«pagana», sufrieron una serie de expulsiones o deportaciones masivas de las cuales no todos regresaban a su tierra de origen. La diáspora o dispersión de las comunidades israelitas comenzó bajo el Imperio Babilónico (siglo VI antes de Cristo) y abarcó a la mayoría del pueblo judío en el siglo II de nuestra era, luego de la represión romana y la destrucción del Templo de Jerusalén.

Sin embargo, siempre permaneció fijo en Palestina, aferrado a las ruinas del Templo, un pequeño remanente judío, inmovible en su esperanza de la redención mesiánica y del Retorno anunciado por los profetas.

Perseguido y aislado por las autoridades cristianas durante la Edad Media (el Islam fue más tolerante, sobre todo en España), el pueblo judío tuvo que desarrollar al máximo su inteligencia y su capacidad. En la Europa feudal del Medioevo, mientras los cristianos vivían en el medio rural, a los judíos se les recluía en pequeños centros urbanos y se les prohibió la agricultura. Por ello se especializaron en actividades comerciales, manufactureras y financieras, convirtiéndose en precursores y pioneros de la revolución burguesa, capitalista y liberal. Otros se dedicaron a la medicina y otras ciencias y ganaron preminencia intelectual. Desde los albores de la Ilustración, muchos judíos trasladaron el mesianismo liberador del terreno religioso al político, descollando en el seno de movimientos liberales, democráticos y socialistas. Por la fraternidad que existe entre comunidades hebreas ubicadas en diversos países pero unidas por la misma fe y cultura, los judíos tienden a ser partidarios de la apertura y la solidaridad internacional, oponiéndose a actitudes chovinistas y xenofobas.

ANTISEMITISMO Y SIONISMO

Tal pueblo —inquieto, intelectual, exitoso en negocios y profesiones, inconforme con la abulia de la sociedad tradicional, portador de gérmenes de mesianismo revolucionario, generoso en

la filantropía— no era, ni es, un pueblo «cómodo». Mientras los espíritus generosos y modernos lo aman o por lo menos lo respetan, los espíritus mezquinos y reaccionarios lo odian.

Desde fines del siglo XIX, las oligarquías terratenientes y financieras más anacrónicas y putrefactas de Europa se unieron con pequeños rentistas resentidos, clérigos tradicionalistas trasnochados, lumpenproletarios de las ciudades y los campos, y pseudo-intelectuales frustrados y desquiciados, para organizar agresiones violentas contra las personas y comunidades judías, con asesinatos y otros atropellos cometidos en nombre de «la patria cristiana», «la raza aria» u otras consignas tontas. Ese movimiento antisemita culminaría, finalmente, en el holocausto de más de seis millones de judíos, ordenado y dirigido por la diabólica bestia de Braunau, Adolfo Hitler.

La respuesta de los judíos europeos al creciente antisemitismo fue, a partir del año 1900, la creación del moderno Movimiento Sionista, cuyo principal fundador fue el periodista judío austríaco Teodoro Herzl. El sionismo postula que la liberación del pueblo judío y su igualdad con todos los demás integrantes del género humano no puede efectuarse mediante la asimilación a todas las naciones del mundo, sino sólo a través de la creación de un Estado Judío que acoja a buena parte de los hebreos del mundo y actúe para defender los derechos de los que permanezcan en la Diáspora.

En el seno del Movimiento Sionista existían, desde el comienzo, tendencias conservadoras, progresistas y centristas. En todos los congresos sionistas internacionales, la corriente progresista (demócrata e inclinada hacia el socialismo democrático) tuvo mayoría. Esa corriente no era antiárabe, sino por el contrario planteaba que el retorno de los judíos a Palestina en calidad de granjeros cooperativistas y obreros sindicalizados (los primeros organizados en «kibbutzim» y los segundos en la «Histadrut») debía tener el propósito de liberar también a los palestinos árabes, a quienes se les debería tratar con amistosa solidaridad.

PALABRA EMPEÑADA PERO NO CUMPLIDA

Entretanto el pueblo palestino de habla árabe —pueblo pacífico, tolerante y digno que, permaneciendo en su patria vieja, a su vez había desarrollado una cultura rica en virtudes y tradiciones— comenzó a participar en el amplio movimiento nacional encaminado a liberar a las poblaciones árabes de dominaciones imperialistas y unificarlas en una sola federación

soberana y democrática. El creciente sentimiento nacionalista árabe no impedía que los palestinos musulmanes y cristianos conviviesen en armonía con la comunidad judía tradicional de Jerusalén y otros pueblos del país: no eran sino otros palestinos más.

En un primer momento, al terminar la Primera Guerra Mundial (en la cual con ayuda inglesa y francesa los árabes se habían liberado de la dominación turca), el nacionalismo árabe no rechazaba al sionismo ni lo consideraba como necesariamente enemigo. El príncipe Faisal, de la familia monárquica Hachemita, guardiana de los Lugares Santos del Islam en Arabia, había recibido de los británicos la promesa de que, después del conflicto, él y sus herederos serían reyes constitucionales de una vasta federación árabe independiente, constituida por Arabia, Siria, Líbano, Irak y el conjunto Palestino-Jordano. Dentro de esa vasta federación soberana —así lo había aceptado Faisal— bien podría establecerse una provincia judía, que albergase a los sionistas que inmigrasen desde Europa o América, aportando útiles conocimientos y técnicas.

Pero la insidia imperialista de Gran Bretaña y Francia destruyó esa esperanza e hizo inevitable un conflicto violento entre el sionismo y el nacionalismo árabe-palestino. Engañando a Faisal, ingleses y franceses firmaron el pérfido acuerdo secreto Sykes-Picot por el cual, en vez de cumplir su promesa al príncipe Hachemita, se repartieron las tierras árabes en zonas coloniales: Siria y Líbano para Francia; Palestina-Jordania e Irak para Inglaterra un condominio sutil sobre la Península Arábiga. Poco después, la Declaración Balfour, promesa unilateral a los sionistas, hecha sin informar al bando árabe, de abrir la inmigración judía a Palestina; terminó por agriar los ánimos y causar un enfrentamiento sangriento inevitable.

Durante los años veinte y treinta, Inglaterra, dueña colonial («potencia mandataria») de Palestina, «jugó sucio» tanto a los judíos como a los árabes, a ratos abriendo las puertas a la inmigración sionista y luego volviendo a cerrarlas, sembrando cada vez más cizaña entre los dos pueblos, históricamente hermanos, hijos de Israel y de Ismael, estirpe de Abraham.

LA POSGUERRA

La segunda guerra mundial, con los horrores del holocausto y, por otra parte, las infelices actitudes pronazis de algunos

nacionalistas palestinos árabes, inclinó la opinión democrática y antifascista del mundo en favor de la parte judía. Las empresas petroleras transnacionales y los sectores conservadores de Estados Unidos y Gran Bretaña eran pro-árabes (los países árabes en 1945-1952 estaban todos regidos por oligarcas derechistas), mientras la URSS y sus aliados, y la izquierda mundial —tanto comunista como democrática— favorecía al movimiento sionista en su lucha por una partición de Palestina entre judíos y árabes. Aunque los Estados Unidos por fin se voltearon y dieron su apoyo a la partición y la creación



de Israel, el joven Estado judío ganó su guerra de 1948 contra los Estados árabes, con armas checoslovacas y rusas. Israel en sus primeros años de existencia soberana fue un Estado socialista democrático, dominado por el laborismo con la Histadrut y los kibbutzim, en medio de países árabes tradicionalistas.

EL LARGO CAMINO HACIA UN ACUERDO FRAGIL

Ese cuadro empezó a cambiar en 1952, cuando Neguib, Nasser y Sadat derrocaron al rey Faruk en Egipto y establecieron el primer régimen árabe progresista. En los años sucesivos, también en Irak y otros países árabes surgieron regímenes renovadores, de tendencia socialista-nacional. El bloque soviético, que en 1947-48 había sido pro-israelí, se volvió pro-árabe, alentado por ese despertar revolucionario que percibía en Egipto, Irak, Argelia y otros países.

Al mismo tiempo, a la inversa, Israel perdió su carácter izquierdizante inicial y entró en una alianza cada vez más estrecha (por motivos prácticos, obvios y explicables) con los Estados Unidos y la alianza occidental. La acción militar conjunta de Israel, Inglaterra y Francia contra Egipto en 1956, y luego la «Guerra de Seis Días» en la cual Israel conquistó Cisjordania, Gaza y Golán (como también transitoriamente la península de Sinaí), sellaron esa alianza del Estado judío con

Occidente en la Guerra Fría, mientras el nacionalismo árabe radical quedaba vinculado al campo adverso.

Por otra parte, la evolución de la conciencia nacional palestina y las incidencias de la larga lucha de los habitantes de los territorios ocupados por Israel, junto con el ascenso dentro del Estado Judío de sectores derechistas de mentalidad represiva y cerrada, tuvieron el efecto, durante los años ochenta, de fortalecer las simpatías democráticas internacionales hacia la causa de la autodeterminación del pueblo palestino. Si los judíos habían merecido la solidaridad del mundo por su espantoso martirio a manos de los nazis en una época anterior, en esta nueva etapa los demócratas sentían preocupación por el destino de los palestinos, aunque evidentemente no se podían comparar ni equiparar las dos situaciones.

El retorno de los laboristas al poder en Israel, abrió la puerta a una nueva política de sincera búsqueda de la paz. Al mismo tiempo, el colapso de la URSS y el fortalecimiento decisivo de los Estados Unidos en Medio Oriente por efecto de la Guerra del Golfo, habían dejado debilitados a Yaser Arafat y la OLP. Añadido a esos factores políticos objetivos, se estaba afirmando cada vez más el ansia de paz, de diálogo y de moderación de las masas populares tanto judías como palestino-árabes. De esa combinación de factores, así como de los buenos oficios prestados incansablemente por el canciller noruego y por intermediarios norteamericanos y de otros países, surgió el Acuerdo de Paz.

El acuerdo previó el retiro gradual de las fuerzas israelíes de los territorios ocupados y el establecimiento en ellos de unas autoridades democráticas palestinas. Los territorios palestinos tendrán durante algunos años un «status» de autonomía limitada y al final accederán a la independencia y soberanía plenas, tal vez en confederación o federación con Jordania. Queda por resolver el problema de Jerusalén: como capital del Estado Judío pero al mismo tiempo ciudad sagrada de tres religiones, sin duda deberá ser objeto de conversaciones futuras.

Los extremistas de ambos rechazan el Acuerdo y los pesimistas pronostican su fracaso. Sin embargo, nos inclinamos hacia el optimismo. El deseo de paz en el corazón de dos pueblos largamente sometidos al conflicto y la violencia parece ser real y mayoritario, y creemos que al final se impondrá por encima de las intransigencias.